

PEQUEÑA HISTORIA DEL ALPINISMO

Entresacado de "Chamonix et Le Mont-Blanc", de Paul Payot.

El 15 de Agosto de 1091, Aimon, conde de Genevois y su hijo Gérold, donaron al monasterio de San Miguel de la Cluse, la región del Mont-Blanc, llamada «Campum Munitum». Este «Valle Cerrado» no era otro que el Valle de Chamonix que debe su nombre a tan lejana denominación.

Los monjes Benedictinos establecieron pronto un Priorato en este rincón perdido en medio de glaciares. Algunos paisanos se establecieron alrededor del convento y la población aumentó lentamente. La pequeña comunidad montañera vivió así varios siglos, casi aislada del mundo, con el cual le unían muy raros contactos. La dificultad de comunicaciones en un país tan tormentoso impedía los viajes y el turismo se limitaba en los Alpes, a algunos puertos fácilmente accesibles.

Hasta el siglo XVII un ínfimo número de visitantes llegó a Chamonix. Todos eran religiosos, obispos en visitas pastorales o simples funcionarios. San Francisco de Sales nos ha dejado de su visita en 1606 un corto y agradable cuadro, en una carta a Mme. de Chantal: «El valle estaba lleno de casas y los montes plenos de hielo hasta el infinito».

En junio de 1741 el turismo descubrió al fin el Valle. Algunos ingleses reunidos en Genève proyectaron visitar estas visibles y lejanas regiones elevadas, todas blancas. Habría que atravesar —pensaban— una comarca salvaje, apenas habitada, con caminos peligrosos, donde se estaba a merced de bandidos. Las cimas nevadas se hallaban bautizadas, en planos imprecisos, con el nombre de «Montañas Malditas».

Dos ingleses, Windham y Pocock, determinaron emprender dicha empresa tomando para ello precauciones extraordinarias. Un total de ocho viajeros y cinco criados armados para resistir un eventual ataque de bandidos, llevando tiendas y víveres para una larga expedición, iniciaron el viaje.

Y grande fué su sorpresa, cuando después de tres días de marcha sin incidente

alguno, se ofreció a su vista la belleza del valle de Chamonix, cuyos habitantes les brindaron cordial acogida.

A pesar de las recomendaciones de los indígenas para que desistieran de su proyecto de ascender a las alturas, llegaron, atravesando el bosque, a Montnevers y bautizaron el glaciar «Mar de Hielo».

Esta ascensión es verdaderamente la primera manifestación del turismo alpino que va a abrirse al pie del Mont-Blanc. El alpinismo ha nacido.

El valle de Chamonix cerrado en su extremidad por el Col de Balme, que marca la frontera con Suiza, se halla encerrado entre dos barreras escarpadas. De un lado la cadena de Agujas y el Mont-Blanc y del otro las Agujas Rojas y el Brévent.

Cada macizo alpino reúne características tan pintorescas como particulares. En Chamonix, la nota dominante es la magnífica elevación vertical de sus cumbres y agujas, cuyas pinas vertientes se hallan atenuadas por la abundancia de bosques, rematada por la cúpula de plateados reflejos del Mont-Blanc.

La conquista del «techo de Europa», se inicia en Julio de 1760, cuando Horacio-Benedicto de Saussure, de 20 años de edad, llega a Chamonix, pleno de vigor y entusiasmo, con el deseo expreso de llegar a la cima del Mont-Blanc. Mas se encuentra con que nadie quiere acompañarle. El Mont Mallet y Mont Maudit recuerdan aún hoy por sus nombres el temor supersticioso que tanto tiempo mantuvo a los nativos alejados de la montaña. Ha de ofrecer una fuerte suma a quien le acompañe en su expedición.

Sin embargo, a pesar de la ayuda de los cazadores de gamuzas, su primera tentativa verdaderamente seria no se realiza sino quince años después; llegando únicamente a los Grands Mulets.

Tres guías ensayan en 1783, y después de alcanzar el Col du Dome, reculan incomodados por el calor.

De Saussure está descorazonado cuando llega Marc Tehodore Bourrit que respira entusiasmo y parte con el Dr. Paccard. La caravana renuncia en los «seracs» de la Jonction. Al año siguiente, Bourrit acomete la ascensión por Saint-Gervais. Dos de sus guías pueden trepar a la Aguja de Goûter, atravesar el Dôme, mas son detenidos por los Bosses. Se hallaban entonces a dos horas de la cima del Mont-Blanc.

En 1785, nueva tentativa, la más importante: De Saussure, Bourrit, su hijo y catorce guías toman el mismo itinerario, pero son detenidos por la nieve fresca, caída recientemente.

Este contratiempo impulsa a los guías a buscar una nueva vía partiendo de Chamonix. En Junio de 1786 deciden comparar las dos rutas. Una caravana asciende por Saint-Gervais y la Aguja de Goûter; la otra por la montaña de la Côte, entre los glaciares de Bossons y Taconnaz y la cresta del Dôme. Las dos caravanas se reúnen pero son privadas nuevamente de la victoria por la arista de Bosses. Desalentados y juzgando inaccesible la cima vuelven a Chamonix.

Pero todos no descienden. Uno de los guías, Jacques Balmat, queda atrás, sólo, desafiando los peligros y la leyenda que hasta entonces entorpeció toda tentativa. Jamás ningún guía había querido pasar la noche en la montaña. Permaneciendo una noche cerca del Grand-Plateau, Balmat veía factible la conquista del coloso alpino. Él ha relatado después sus tentativas para alcanzar la cima y pretendido haber encontrado la ruta. La leyenda, amparándose en ello, le ha hecho desde ese día vencedor del Mont-Blanc.

En realidad, es al año siguiente cuando alcanza la victoria, acompañado del Dr. Paccard. Nacido este último en Priluré en 1757, era miembro correspondiente de la Academia de Turín y tenía, por razones científicas, el mayor anhelo de llegar a la cima. Había hecho ya varias tentativas y estudiado de lejos todos los itinerarios posibles. Por el contrario, Balmat contaba 24 años, cinco menos

que el doctor, y era un simple cazador de gamuzas. Estos dos hombres se hallaban unidos por una voluntad común: vencer el Mont-Blanc.

El 7 de Agosto se ponen en marcha. Pernoctan en la cima de la Côte, bajo un peñasco y al día siguiente, atravesando la Jonction, alcanzan los Grands-Mulets, después el Petit-Plateau. Vencido el Grand-Plateau, oblicúan para trepar las rígidas pendientes situadas a la derecha del Mont-Blanc. Alcanzada la arista, ellos la siguen hasta la cima. Así, el 8 de Agosto de 1786, a las 18 horas y 23 minutos exactamente, después de catorce horas de marcha, sin equipo, ni cuerda, ni piolet, los dos hombres han conseguido al fin la conquista comenzada 26 años antes.

H. B. de Saussure siguió sus pasos el año siguiente. Una caravana imponente de 18 guías, bajo la dirección de Balmat, le acompaña. No es demasiado para transportar el gran equipo de que se halla dotada la expedición. Cama completa, tienda, vestidos de recambio y, sobre todo, numerosos instrumentos de laboratorio. A pesar de esta carga aplastante y después de dos vivacs, el sabio encuentra al fin la recompensa de sus esfuerzos.

La primera ascensión femenina fué realizada en 1808 por María Paradis, sirvienta del Albergue de Chamonix y 30 años más tarde Mdlle. d'Angeville llega «más alto que el Mont-Blanc» pues sus entusiastas guías al llegar a la cima la izaron sobre sus robustas espaldas.

Después de conquistado el Mont-Blanc se encontrará en el macizo un campo de acción tan variado como incomparable.

Son los ingleses, principalmente, con J. Forbes, Tyndall, Jhon Ball, Kennedy, (fundador del «Alpine Club» inglés, 1859), Whimper, etc., los principales promotores de este apasionado deporte de la montaña. Un nuevo espíritu de noble emulación sopla sobre los Alpes: la edad de oro del alpinismo ha comenzado.

A. DE HERVÍAS